

¿De qué hablamos cuando hablamos de "pobreza"? Reflexiones entre la 'medición' y la 'comprensión' .

María Luisa Graffigna.

Cita:

María Luisa Graffigna (2005). *¿De qué hablamos cuando hablamos de "pobreza"? Reflexiones entre la 'medición' y la 'comprensión'*. VIII Jornadas Argentinas de Estudios de Población. Asociación de Estudios de Población de la Argentina, Tandil.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/viii Jornadas aepa/43>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eY7r/wn2>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

¿DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE “POBREZA”? Reflexiones entre la ‘medición’ y la ‘comprensión’

María Luisa Graffigna
Becaria Posdoctoral CONICET
Inst. Inv. Socio-Económicas (IISE-U.N. San Juan)
mllg@arnet.com.ar

RESUMEN

Desde mediados de los '70, el cambio de modelo económico en Argentina fue acompañado de sucesivas crisis que desembocaron no sólo en un empobrecimiento general sino también en una notable reestructuración de la sociedad. En este marco, la 'pobreza' ha sido objeto de numerosos estudios que la abordan desde distintas perspectivas. Por un lado, las mediciones de pobreza y, por el otro, enfoques cualitativos o etnográficos.

En la primer parte presentamos una caracterización de los hogares del Gran San Juan a partir de dos formas de medición: por necesidades básicas insatisfechas y por ingresos. De ambas resulta la clasificación de la población en tres grupos: pobres estructurales, nuevos pobres, no pobres.

Aunque esta clasificación resulta importante para contextualizar el fenómeno, la perspectiva cualitativa suscita algunos cuestionamientos. En razón de ello, en la segunda sección –con un estudio de casos cualitativo– discutimos la pertinencia de la categoría “pobre” en los actuales contextos sociales. Primero, encontramos un quiebre entre la “representación de sentido común” –vinculada a pobreza estructural– y los estudios que amplían el concepto a nuevas formas de pobreza. Segundo, para comprender las distintas percepciones que se generan desde lo cotidiano consideramos necesario relacionar la categoría “pobre” con las dinámicas sociales específicas. Por último, nos preguntamos si es oportuno hablar de “pobreza” para designar realidades tan disímiles. Quizás sea más fructífero reservar el término “pobreza” para la pobreza estructural y generar nuevas categorías que conceptualicen otras posiciones de fragilidad social cada vez más presentes en Argentina durante las últimas décadas.

Contenidos	Página
1. Introducción	3
2. Las características de los hogares en el Gran San Juan: la medición de la pobreza	4
2.1. El método de Necesidades Básicas Insatisfechas	4
2.2. El método de los Ingresos o Línea de Pobreza	5
2.3. El uso combinado de ambos métodos	6
2.4. Las Cifras de la Pobreza en el Gran San Juan	7
2.5. Lo que muestran las cifras	10
3. La pobreza vista desde los actores	12
3.1. Un cambio de perspectiva	12
3.2. Sociedad, trabajo y pobreza	13
3.3. ¿Quién es pobre? La propia percepción en el espacio social	14
4. Conclusiones: acerca del concepto de pobreza	18
5. Bibliografía Citada	19

1. Introducción

El estudio de la pobreza ha cobrado en las últimas décadas indiscutible actualidad, tanto por el avance que se ha realizado en los métodos específicos de medición de la pobreza como por los cambios estructurales que se han producido, especialmente los relacionados al mercado de trabajo: de un lado la flexibilización laboral, y de otro el pronunciado aumento de la tasa de desocupación que se viene registrando desde 1994 y que alcanzó cifras inéditas (según datos del INDEC, en mayo de 2002 llegó a 21,5 para el total de aglomerados urbanos). Por otro lado, las políticas sociales implementadas desde los '90 se han caracterizado por la *focalización* como forma de incidir directamente en los 'síntomas' de la pobreza –vivienda, alimentación, etc.– pero pocas o nulas son las acciones encaminadas a afectar la regresiva distribución de los ingresos¹.

Si bien en Argentina el proceso de empobrecimiento comienza a mediados de la década del '70, es a partir de la década del '80 que se hace notorio el aumento de la pobreza. Para Susana Torrado (Feijoo y Torrado, 1996:13) “el ajuste repercutió negativamente en el nivel de vida de toda la población, algo que testimonia la evolución de pobreza a nivel global: mayor incidencia (más pobres); mayor intensidad (pobres aún más pobres); mayor heterogeneidad (ampliación del espectro social del universo de la pobreza por incorporación de los 'nuevos pobres' de clase media).” Este incremento de la pobreza no se debe al aumento de la pobreza estructural sino sobre todo al aumento de los hogares empobrecidos que pasan de 4,2% en 1980 a 16,8% en 1988, y a 18,4% en 1990 (Minujín et al., 1992) hasta llegar a valores que superan el 50% según las cifras brindadas por el INDEC en agosto del 2002 (Diario de Cuyo, 2002). Durante la década de los '90 se extiende con altísimos índices de desempleo. Esto no sólo produjo un empobrecimiento general de la población sino también una notable reestructuración de una sociedad, lo cual ha sido objeto de diversos estudios en la actualidad.

En lo que hace específicamente a la pobreza, en los últimos años se han intensificado los trabajos que intentan caracterizar este fenómeno de creciente importancia en nuestro país y en toda América Latina. Se pueden encontrar numerosos trabajos de diferentes instituciones y organismos sobre esta temática, abordándola desde variados aspectos –mercado de trabajo, efectos sociales, distribución del ingreso, condiciones de vida, etc.–. Todos ellos dan cuenta de un marcado proceso de empobrecimiento que reestructura al conjunto de la sociedad (Minujín et al., 1992:21). Por otro lado, en los estudios más recientes el incremento de la pobreza “aparece asociado a las políticas de ajuste, al predominio de la economía de mercado, a la desregulación de las relaciones laborales, a la precarización del empleo, a la carencia de políticas sociales efectivas y a la puesta del Estado más al servicio de la protección de determinados intereses privados que del bien común.” (Vasilachis, 2000:6). Estos estudios han puesto de manifiesto la preocupación creciente por conocer en profundidad los diferentes 'perfiles' que muestra el rostro de la pobreza y los distintos caminos que se pueden emprender para intentar superarla.

Dentro de este marco, en la primer sección nos proponemos lograr una mayor caracterización del fenómeno de la pobreza en el Gran San Juan a partir de datos secundarios. Son numerosos los trabajos que al respecto se han realizado para el Gran Buenos Aires y otros centros urbanos del país. Sin embargo en la provincia de San Juan los trabajos son relativamente recientes. En primer lugar, intentamos clasificar a los hogares según las categorías socio-económicas que resultan de los dos criterios principales de medición de la pobreza, el de las Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI) y el de la Línea de Pobreza (LP). Posteriormente nos acercamos desde otro lugar al fenómeno de la pobreza, dando una mirada más bien exploratoria que permite dar cuenta del mismo 'puertas adentro' desde la perspectiva del actor, guiados por el paradigma interpretativo (Vasilachis, 1993). Finalmente, en las conclusiones intentamos plantear un conjunto de cuestionamientos o tensiones que se ponen de manifiesto a partir de las dos perspectivas consideradas.

¹ En relación a este tema Bustelo (1999:17) señala que “otra dimensión perversa en la formulación de la idea de focalizar el gasto y las energías sociales en programas para combatir la pobreza, es ‘ocultar’ la riqueza y el carácter concentrador de la política económico-social hegemónica. Como se sabe, el problema no es sólo de pobres: es de pobreza y de riqueza; de las nuevas formas de pobreza y riqueza; de extremas disparidades; de exclusión económica y social. Porque *el punto central de la agenda económica y social de América Latina no es la pobreza sino la justicia.*”

2. Las características de los hogares en el Gran San Juan: la medición de la pobreza

Hace unos años hablar de pobreza remitía directamente a las condiciones de vida de familias con rasgos notablemente visibles de necesidades insatisfechas. Esto es: déficit habitacional, de alimentación y vestimenta, entre otras. Sin embargo, desde hace unos años a esta parte el concepto ya no hace referencia solamente a la pobreza ‘visible’ y localizada geográficamente. Se produjo una reestructuración de la sociedad que está marcada por una heterogeneización cada vez mayor de la pobreza. A los pobres ‘de siempre’ se les suma una importante fracción de la clase media venida abajo, los llamados ‘nuevos pobres’ (Minujín y Kessler, 1995:9). Según Eduardo Bustelo (Bustelo y Minujín, 1996:8) “se podría decir que para los pobres puede existir la perspectiva de subir algún escalón, en cambio, para una parte significativa de los sectores medios, la escalera es de bajada. (...) El problema básico para los pobres es que el escalón que suben no los deposita en una zona de relativa seguridad, sino de alta vulnerabilidad. Esta zona de encuentro entre pobres y empobrecidos es dura para ambos. Ante todo es insegura y poco integrada.” Se identifica entonces lo que Castel (1997:17) denomina ‘zona de vulnerabilidad’ que ubica a numerosas familias en posiciones frágiles y sin protección social. Los intensos cambios producidos en las características de la población y los hogares pobres requieren ser analizados cada vez en forma más exhaustiva.

Por otro lado, el fenómeno de la pobreza se enfrenta, además, con una serie de dificultades que parten desde el mismo concepto de pobreza: no existe una definición única de pobreza que dé cuenta de sus múltiples dimensiones. En forma general, y tal como sostienen Montoya y Mitnik (1993:46) “es habitual que se conciba a este fenómeno como la imposibilidad de alcanzar los requerimientos básicos de un nivel de vida digno”. De este modo, la definición varía según los contextos sociales específicos y los valores culturales que definen ese “nivel de vida digno”.

La medición de la pobreza constituye un modo de abordaje de este problema a través de la determinación de ciertos indicadores que delimitan los umbrales de pobreza. Se trata de una forma particular de definirla en función de características ‘observables’ para una población específica.

Algunos de los autores que más se han dedicado a la problemática de la medición y la caracterización de la pobreza son Alberto Minujín y Luis A. Beccaria. Según estos autores se han venido aplicando, básicamente, dos métodos para la medición de la pobreza: el referido a las Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI) y el referido a los ingresos a través de la Línea de la Pobreza (LP). La discrepancia en los resultados según sea el método utilizado radica en que los métodos dan cuenta de manifestaciones distintas de la pobreza. Al respecto Beccaria (1995:36) afirma: “La indagación de la satisfacción de las necesidades básicas permitiría identificar a los ‘pobres estructurales’, aquellos cuyas dificultades son más permanentes y, posiblemente, presentan un síndrome más complejo. El de los ingresos identifica aquellos a los que su ingreso corriente no les resulta suficiente para adquirir (...) los bienes y servicios que les permiten satisfacer las necesidades básicas.” Mientras el uso del método de LP es sensible sobre todo a procesos de corto y mediano plazo, el de NBI mide sobre todo procesos de largo plazo.

2.1. El método de Necesidades Básicas Insatisfechas

El método de Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI) se basa en manifestaciones materiales que evidencian la falta de acceso a cierto tipo de servicios tales como vivienda, agua potable, electricidad, educación, salud, entre otros. Se considera un individuo o un hogar ‘pobre’ a aquel que no satisface al menos una de las necesidades consideradas básicas.

Si bien hay cierto consenso sobre estas etapas para la medición de la pobreza según NBI, la definición de cuáles necesidades se consideran básicas, la selección de los indicadores para expresarlas y el nivel mínimo que las satisface, son bastante cambiantes. Por lo general hay una tendencia a considerar como necesidades esenciales a las necesidades materiales, estimulado esto por la información disponible. Es por ello que a pesar de

que en la definición conceptual de necesidades básicas son contempladas una amplia gama de ellas, debido a las limitaciones de información, usualmente son cinco las variables que se utilizan para definir las carencias básicas: *Hacinamiento*, *Vivienda inadecuada*, *Deficiencia sanitaria*, *Deficiencia escolar*, *Baja capacidad de subsistencia*. En este estudio utilizaremos las condiciones propuestas por el Documento N°3 del CEPA –y empleadas por Montoya y Mitnik (1993)– para distinguir a los hogares en situación de pobreza estructural. Éstas son:

1. *Hacinamiento*: Familias en viviendas con más de tres personas por cuarto.
2. *Vivienda Inadecuada*: Familias que habitan viviendas que no cumplen con las condiciones mínimas para la vida humana (pieza de inquilinato, vivienda no destinada a fines ocupacionales, vivienda en villa).
3. *Servicios Sanitarios Inadecuados*: Familias que habitan en viviendas sin ningún tipo de baño.
4. *Deficiencia Educativa*: Familias en las que, por lo menos, un niño en edad escolar (entre 6 y 12 años) no concurre a la escuela primaria.
5. *Baja Capacidad de Subsistencia*: Hogares con cuatro o más personas por miembro ocupado en las que su jefe tiene nivel educativo bajo (hasta primaria incompleta). Otras definiciones de esta condición incluyen la variable género u otros atributos del hogar o del jefe.

Como podemos percibir, estos indicadores toman en cuenta características difíciles de modificar rápidamente, es decir, poco sensibles a cambios coyunturales o de corto plazo. Es por ello que a través de este método se identifican sobre todo a aquellos hogares o individuos que se encuentran en situación de pobreza estructural.

Una de las principales limitaciones que tiene este método consiste en las fuentes de información. Por lo general los datos con los que se cuenta no fueron recabados con el objeto de medir la pobreza sino de describir más bien las características socio–demográficas. Esto tiene como consecuencia la definición de las necesidades básicas en función de los atributos de población y vivienda, dejando de lado variables tales como: acceso a la escuela, acceso a servicios de salud, alimentación, vestimenta, entre otras. Boltvinik (2000:85) sostiene que “el [método] de NBI en sus variantes restringidas, elige indicadores de satisfacción de necesidades que básicamente dependen, en América Latina, de la propiedad de activos de consumo (vivienda) o de los derechos de acceso a servicios gubernamentales (agua, eliminación de excretas y educación primaria), por lo cual implícitamente deja de tomar en cuenta las demás fuentes de bienestar.”

Por otro lado, la fuente casi exclusiva de que se dispone son los Censos de Población y Vivienda. Recién en los últimos años las Encuestas Permanentes de Hogares han sido reformuladas para lograr mayor comparabilidad y sistematicidad.

2.2. El método de los Ingresos o Línea de Pobreza

El método de los Ingresos o Línea de Pobreza (LP) se basa en el cálculo del monto de dinero que se requiere para adquirir una canasta de bienes y servicios que satisfacen los umbrales mínimos de todas las necesidades consideradas básicas. Esta canasta es determinada según las pautas culturales de consumo de una sociedad en un momento histórico determinado. Se considera ‘pobre’ a aquel hogar cuyo ingreso no cubre dicha canasta.

El cálculo de la Canasta Normativa de Satisfactores Esenciales (CNSE) es por lo general complejo dado que requiere ponderar necesidades tales como educación, salud, recreación, vestimenta, entre otras. Otro de los caminos para establecer la Línea de Pobreza –muy utilizado en América Latina– es a través de la Canasta Normativa Alimentaria (CNA) –o Canasta Básica Alimentaria (CBA) como la llamaremos nosotros–, cuyo valor se establece como la *Línea de Indigencia (LI) o de pobreza extrema*. Luego esta línea se multiplica por la inversa del *coeficiente de Engel (α)* para obtener la *Línea de Pobreza (LP)*. Este coeficiente se define como “la relación entre los gastos alimentarios y los gastos totales observados en la población de referencia” (INDEC, 2003:6) del primer estrato de hogares que satisfaga sus requerimientos nutricionales.

La LP es de construcción algo más compleja que los indicadores de NBI debido a que hay que tener en cuenta algunos factores:

1. Por un lado, la Canasta Básica Alimentaria (CBA) se basa en pautas *culturales* en los hábitos de alimentación, es decir, es específica para cada sociedad considerada, y en los requerimientos nutricionales y proteicos recomendados.
2. La CBA se calcula para un hombre adulto de 30 a 59 años de edad y se establecen luego las Unidades Adulto Equivalente (UAE) para cada hogar de acuerdo a su composición por edad y sexo.
3. La CBA es una proporción de los gastos totales del hogar. La relación entre gastos alimentarios y gastos totales se denomina coeficiente de Engel, su determinación no es sencilla y se requiere para ello contar con datos como los que proporciona la Encuesta de Gastos e Ingresos de los Hogares.

Según Altimir (1981) el procedimiento de trazar ‘líneas de pobreza’ tiene como supuesto “que los hogares que se hallen por encima del umbral mínimo de alimentación se hallan también por encima de los umbrales mínimos para otras necesidades básicas”. Esto implica que no toma en cuenta la efectiva satisfacción de las necesidades consideradas básicas, sino su satisfacción potencial. Boltvinik (2000:85) afirma que “el [método] de LP procede como si la única fuente de bienestar fuese el ingreso corriente” y más adelante agrega: “El punto crítico del procedimiento es el paso de la línea de ‘pobreza extrema’ (...) a la línea de pobreza” (2000:86).

Además, este método supone la optimización de recursos por parte de los hogares, no contempla la valoración de los servicios gratuitos provistos por el Estado, y no toma en cuenta componentes tales como el autoconsumo.

Por otro lado, las fuentes de información frecuentemente presentan dificultades en cuanto a la obtención de la variable ingresos. Se tiende por lo general a subdeclarar su valor. Sin embargo, esta subdeclaración es más pronunciada mientras más elevados los ingresos, por lo que tiene menor incidencia en los sectores de bajos recursos económicos.

2.3. El uso combinado de ambos métodos

Como afirmamos anteriormente, los dos métodos de medición de la pobreza dan cuenta de manifestaciones distintas del fenómeno. Por tanto, éstos no deben tomarse como opuestos sino más bien como complementarios. Mientras el método de NBI mide sobre todo procesos de largo plazo, el de LP da cuenta de manifestaciones de pobreza reciente. De este modo, el uso simultáneo de ambos criterios para analizar la pobreza, permite distinguir grupos de hogares: Los *pobres estructurales* son aquellos hogares que tienen al menos una necesidad básica insatisfecha, más allá de que su ingreso supere o no la Línea de Pobreza. Este grupo está constituido por las personas que ‘históricamente’ fueron pobres. Los *empobrecidos o nuevos pobres* son aquellos hogares que teniendo sus necesidades básicas satisfechas, sus ingresos se encuentran por debajo de la Línea de Pobreza. Está conformado por familias de clase media y ex-pobres estructurales que habían logrado mejorar su posición y que vieron reducir sus ingresos por debajo de la línea de la pobreza. No incluimos aquí a aquéllos que se vieron afectados por el proceso de empobrecimiento pero que mantuvieron sus ingresos por encima de la LP. Los *no pobres* está conformado por el resto de los hogares, es decir, por aquéllos cuyos ingresos superan la Línea de Pobreza y tienen todas sus necesidades básicas satisfechas.

Los pobres estructurales son un grupo relativamente homogéneo cuyas viviendas se encuentran espacialmente localizadas en villas o ‘bolsones de pobreza’. Por el contrario, el grupo de los empobrecidos es un grupo heterogéneo en cuanto a su composición y sus viviendas se encuentran dispersas entre aquéllos de más recursos. En palabras de Minujín (Minujín et al., 1992:39): “Los nuevos pobres se asemejan a los ‘no pobres’ en una serie de aspectos socioculturales (...). No ocurre lo mismo en lo que hace a variables asociadas a la crisis, en las cuales su situación es similar a la de aquéllos que han sido históricamente pobres, debido al desempleo, falta de cobertura de salud, precariedad laboral, etc.”

A nivel global esta diferencia entre ambos grupos de hogares se pone de manifiesto en algunas dimensiones utilizadas por el INDEC para el estudio de la pobreza urbana: empleo, infraestructura y vivienda, salud, educación. Según este Instituto (INDEC, 1990:21), las dos últimas “resultan especialmente importantes desde el momento en que su insatisfacción constituye, más allá del déficit momentáneo, un preocupante mecanismo de reproducción de la pobreza, haciendo que ésta se perpetúe y traslade a las nuevas generaciones.”

De este modo, buscamos dar cuenta de estas dimensiones para el caso específico del Gran San Juan a partir de los datos secundarios que brinda la Encuesta Permanente de Hogares.

2.4. Las Cifras de la Pobreza en el Gran San Juan

El uso simultáneo de los dos métodos de medición de la pobreza nos permite –tal como afirmamos anteriormente– distinguir entre los grupos de pobreza, aquéllos que se encuentran en situación de pobreza estructural, los empobrecidos o nuevos pobres, o los que presentan ambas condiciones. Para analizar los grupos de hogares distinguimos cuatro categorías:

• **Hogares Pobres:**

- a) Hogares pobres sólo por NBI: Los hogares que se califican pobres sólo por tener insatisfecha alguna de las necesidades básicas consideradas.
- b) Hogares pobres sólo por LP: Los hogares que se califican pobres sólo por tener ingresos inferiores a LP.
- c) Hogares pobres por ambos criterios: Los hogares que se califican pobres por tener insatisfecha al menos una de las necesidades básicas consideradas y por tener ingresos inferiores a LP.

• **Hogares No Pobres:**

- d) Hogares no pobres: Esta es una categoría residual. Es incluida con el objeto de brindar cifras comparativas entre los hogares pobres y no pobres. No obstante, sería importante, en estudios posteriores, analizar qué sucede al interior de este grupo.

En este apartado brindamos algunos datos sobre la pobreza en el Gran San Juan y presentamos algunas características en función de las categorías recién señaladas. Del análisis de la Encuesta Permanente de Hogares para el Gran San Juan –Onda Octubre de 2002– se desprenden los siguientes resultados:

Cuadro 1			
Grupos de Pobreza			
	HOGARES	POBLACION	INGRESOS TOTALES (en %)
POBRES	420 (64.6)	1883 (72.8)	41.34
– Sólo por NBI	18 (2.8)	51 (2.0)	3.83
– Sólo por LP	281 (43.2)	1200 (46.4)	26.59
– Por ambos criterios	121 (18.6)	632 (24.4)	10.92
NO POBRES	230 (35.4)	703 (27.2)	58.66
TOTAL	650 (100)	2586 (100)	100

FUENTE: Elaboración propia en base a Onda de Octubre de 2002 de la EPH del INDEC para el Gran San Juan.

Como primer lectura del cuadro anterior se evidencia la elevada magnitud de las cifras de la pobreza: por un lado el 64.6 % de los hogares y el 72.8% de la población es clasificado como ‘pobre’ por al menos uno de los dos métodos utilizados. Esto se hace más llamativo si se tiene en cuenta que ese 64.6% de hogares dispone del 41% de los ingresos totales, lo cual da signos claros de la desigualdad en la distribución de los ingresos, más aún si se tiene en cuenta que no se ha hecho diferencia alguna al interior del grupo de ‘no pobres’ que reúne en su heterogeneidad a los ‘casi pobres’, a la clase media, y a una pequeña porción que por lo general se apropia de un considerable porcentaje de los ingresos totales.

En cuanto a la distinción de los grupos de pobreza, nótese la alta incidencia de la pobreza por ingresos en relación a la pobreza por necesidades básicas insatisfechas: mientras los hogares empobrecidos o ‘nuevos pobres’ –aquéllos que se encuentran por debajo de la línea de pobreza– suman en total el 61.8%, los pobres estructurales –NBI– son en total el 21.4%. La magnitud de los hogares pobres por ingresos estaría indicando la presencia de una pobreza ‘puertas adentro’, esto es, menos visible que la pobreza estructural pero no por ello menos intensa.

En relación a la pobreza por NBI queremos poner de relieve la gran diferencia que se presenta entre la población pobre *sólo* por NBI –2,0%– y aquéllos que se clasifican pobres por ambos criterios –24,4%–. Es decir que para la Onda de Octubre de 2002 la gran mayoría de hogares pobres por NBI son *además* pobres por ingresos, más precisamente el 92,4%.

A partir de lo señalado queremos poner de relieve que los elevados niveles de pobreza por ingresos incluyen en la categoría de ‘pobre’ a un conjunto de población tan grande y heterogéneo que se hace necesario establecer en su interior algunos rasgos diferenciales. En lo que sigue brindamos algunas características de los hogares distinguiéndolos según las categorías definidas previamente.

Las Características de los Hogares

Si bien la pobreza por ingresos y la pobreza por necesidades básicas insatisfechas indican la falta de acceso a un nivel de vida digno, las características entre los distintos grupos de pobreza son diferentes:

Cuadro 2				
Características de los Hogares				
	Tamaño Medio	Edad Media	Total de Hijos	Tasa de Dependencia
TOTAL	4.0	35.8	2.4	3.1
POBRES	4.5	32.0	2.6	3.5
– Sólo por NBI	2.8	49.2	2.7	2.3
– Sólo por LP	4.3	33.5	2.4	3.5
– Por ambos criterios	5.2	26.4	3.1	3.8
NO POBRES	3.1	42.6	1.8	2.2
<i>FUENTE: Elaboración propia en base a Onda de Octubre de 2002 de la EPH del INDEC para el Gran San Juan.</i>				

En cuanto a las características específicas de cada grupo de hogares, del cuadro se desprenden las siguientes lecturas:

El tamaño de los hogares ‘no pobres’ es menor que el de los ‘pobres’, en promedio. No obstante dentro de éstos últimos se presenta una gran heterogeneidad: los ‘pobres sólo por NBI’ indican un promedio menor incluso que el de los ‘no pobres’ –2.8 contra 3.1–, mientras que el tamaño medio de los hogares ‘pobres sólo por LP’ y ‘por ambos criterios’ es de 4.3 y 5.2 respectivamente.

Algo similar ocurre con el promedio de hijos: los hogares ‘pobres’ presentan cifras mayores que los hogares ‘no pobres’ –2.6 frente a 1.8–. Dentro de los hogares ‘pobres’ los que cuentan con más hijos son los pobres ‘por ambos criterios’ –3.1– le siguen los ‘pobres sólo por NBI’ –con 2,7– y luego los ‘pobres sólo por ingresos’ –con 2.4–.

En lo que respecta al promedio de edad de los integrantes de los hogares, los ‘no pobres’ cuentan con más edad que los ‘pobres’ –42.6 contra 32.0–. Dentro de los hogares pobres los de más edad son los ‘pobres sólo por NBI’ –49.2– y le siguen los ‘pobres sólo por LP’ –33.5– y los ‘pobres por ambos criterios’ con una edad promedio

de apenas 26.4 años. Vale la pena destacar que el promedio de edad de los ‘pobres sólo por NBI’ es mayor aún que el de los ‘no pobres’.

La mayor tasa de dependencia (total de integrantes del hogar/total de ocupados) recae sobre los ‘pobres por ambos métodos’, siguiéndole en orden los ‘pobres sólo por LP’. Los ‘pobres sólo por NBI’ presentan una tasa de dependencia más parecida a la de los ‘no pobres’ que a la de los demás grupos de pobreza.

Como puede observarse la situación más crítica en todas las variables la presentan los ‘pobres por ambos criterios’, quienes poseen el mayor promedio en el tamaño del hogar y número de hijos, y a la vez el menor promedio de edad. Esto podría estar indicando una etapa crítica también en el ciclo de vida de estos hogares, poniendo de manifiesto la formación del mismo a menor edad y la procreación más temprana y numerosa.

Contrariamente a lo que podría pensarse, los hogares ‘pobres sólo por NBI’ presentan un tamaño de hogar similar al de los ‘no pobres’. Esto podría deberse a que la infraestructura de los hogares pobres por NBI no cuenta con grandes dimensiones y por lo tanto los integrantes que forman su familia se van a vivir a otra vivienda –tal vez en las mismas condiciones–. Por el contrario, los ‘pobres sólo por LP’ tienen en general mejores viviendas y los hijos que constituyen su nueva familia frecuentemente se quedan viviendo con los padres conformando lo que se denomina ‘familia ampliada o extensa’.

En lo que respecta a la distribución de los ingresos del hogar, los mismos provienen de las fuentes que muestra el siguiente cuadro:

Cuadro 3						
Distribución de los Ingresos del Hogar (en porcentajes)						
	Total	Asalariado	Cuenta-propista	Propietario de Capital	Jubilado o Pensionado	Otros
TOTAL	100,0	59.5	18.8	0.2	17.7	3.8
POBRES	100,0	62.7	19.3	0.3	13.4	4.3
– Sólo por NBI	100,0	68.3	0.0	0.0	26.9	4.8
– Sólo por LP	100,0	61.8	21.0	0.5	12.7	4.0
– Ambos criterios	100,0	62.8	21.8	0.0	10.6	4.8
NO POBRES	100,0	57.3	18.4	0.2	20.6	3.5

FUENTE: Elaboración propia en base a Onda de Octubre de 2002 de la EPH del INDEC para el Gran San Juan.

Puede observarse que la mayor parte de los ingresos de los hogares provienen de la venta de su fuerza de trabajo, con valores cercanos al 60%. Este ingreso como asalariado es complementado principalmente con jubilaciones o pensiones o con la remuneración del trabajo por cuenta propia, seguidos por otro tipo de ingresos que en ningún caso alcanzan el 5%. El aporte de las primeras –jubilaciones y pensiones– son superiores entre los ‘no pobres’ –20.6%– que entre los ‘pobres’ –13.4%–. Sin embargo dentro de éstos últimos se observa un valor relativamente alto para los ‘pobres sólo por NBI’ –26.9%, más de un cuarto del ingreso total–. En este sentido, llama la atención que estos hogares no cuenten con ingresos como cuentapropistas. Tal vez justamente el hecho de proveer sus ingresos del trabajo asalariado y de jubilaciones o pensiones es lo que los ubica como ‘pobres sólo por NBI’, es decir por encima de la línea de pobreza.

La categoría ‘propietario de capital’ no tiene un peso considerable en los ingresos de los grupos considerados ya que apenas alcanza medio punto en alguno de los casos. Por otro lado, en cuanto a la relación entre los ingresos como jubilado o pensionado y los ingresos como cuentapropista, puede advertirse que mientras más peso tienen los ingresos como cuenta propia –pobres por ambos criterios–, más reducidos son los ingresos como jubilado o pensionado, y al revés, los que presentan los mayores ingresos como jubilado o pensionado son

los que cuentan con menos ingresos como cuenta propia; lo que puede significar que los ingresos como asalariado son complementados alternativamente por los ingresos en alguna de estas dos formas.

Para conocer un poco más acerca de las características del jefe de hogar, presentamos a continuación algunas particularidades en lo que hace a aspectos sociodemográficos:

Cuadro 4							
Características Sociodemográficas del Jefe de Hogar							
	Edad Media	% Jefatura Masculina	Nivel Educativo Alcanzado (%)				
			Total	Analfab. o Primario Incompl.	Prim. Compl. o Sec. Incom.	Sec. Com. o Terc. Incompl.	Terciario Completo
TOTAL	50.8	73.2	100,0	15.1	52.6	24.4	7.9
POBRES	49.1	77.6	100,0	18.6	61.7	15.0	4.8
– Sólo por NBI	59.7	61.1	100,0	22.2	50.0	27.8	0.0
– Sólo por LP	50.3	78.3	100,0	13.8	61.2	17.8	7.2
– Ambos criterios	44.7	78.1	100,0	26.9	65.5	7.6	0.0
NO POBRES	53.8	65.6	100,0	10.0	35.7	40.8	13.5

FUENTE: Elaboración propia en base a Onda de Octubre de 2002 de la EPH del INDEC para el Gran San Juan.

En cuanto a la edad media de los jefes de hogar, vemos que los que presentan más edad –y como dijimos, los de menor tasa específica de actividad– son los jefes de hogar ‘no pobres’. Dentro de los hogares ‘pobres’ se nos presenta nuevamente una gran disparidad en cuanto a la edad del jefe –la más alta para los ‘pobres sólo por NBI’ y la más baja para los ‘pobres por ambos criterios’- y al porcentaje de jefatura masculina –muy bajo para los ‘pobres sólo por NBI’ y relativamente alto para los ‘pobres sólo por LP’ y ‘por ambos criterios’-. Esto es un fuerte indicador para decir que en el caso del Gran San Juan no se puede hablar de feminización de la pobreza, muy por el contrario: los hogares en situación de pobreza más crítica exhiben una jefatura masculina de más del 78%.

En lo referido al nivel educativo alcanzado, como es de esperar, los jefes de hogar ‘pobres por ambos métodos’ son los que presentan la situación más crítica: más de un cuarto de los mismos son analfabetos o tienen primario incompleto, lo cual sumado a los que no completaron la secundaria superan el 90%. De esto deriva que los trabajos a los que acceden son de muy baja calificación y explica porqué en el cuadro previo son los que exhiben los menores ingresos.

Por otro lado, los jefes de hogar ‘pobres sólo por NBI’ y ‘sólo por LP’ muestran cifras de algo más del 70% para los que no alcanzaron a terminar el secundario. En cuanto a los estudios terciarios, en ningún caso el jefe de hogar de familias pobres por NBI alcanzó a completar este nivel.

Como cabe esperar, los ‘no pobres’ tienen una formación notablemente superior que los ‘pobres’, alcanzando cifras de más del 50% para los que tienen secundario completo o más. En cuanto a la educación superior, existe una marcada diferencia entre ‘pobres’ y ‘no pobres’, mientras el 7,2% de los ‘pobres sólo por LP’ logra terminar un estudio superior entre los ‘no pobres’ este nivel llega a más del 13%.

2.5. Lo que muestran las cifras

Como conclusión puede decirse que los más castigados en todos los aspectos analizados son los hogares pobres por ambos criterios: mayor tamaño de hogar, más jóvenes, con mayor número de hijos y mayor tasa de dependencia, a la vez que cuentan con trabajos con más cuentapropismo y menores ingresos, fruto –entre otras cosas– del bajo nivel educativo que poseen sus jefes. Por su parte, los pobres sólo por NBI o sólo por LP

presentan situaciones variadas: los primeros tienen hogares más reducidos en tamaño y número de hijos, cuentan con más edad y presentan una mayor jefatura femenina que los segundos. A la vez, los segundos son los que sufren el desempleo y subempleo con mayor intensidad y cuentan con ingresos del jefe de hogar bastante menores que los primeros.

Estas características nos ayudan a tener un panorama general de lo que sucede con la pobreza a nivel general y a expresar, en alguna forma, la heterogeneidad de la pobreza. Sin embargo, el 64% de hogares pobres del Gran San Juan no puede ser considerado de modo indiferenciado en su composición. Cuando una categoría es tan amplia que abarca dos tercios de la población, requiere de nuevos modos de conocer y comprender las diversas realidades que contiene. Esto nos llevó a complementar la medición con un estudio de tipo cualitativo que nos acercara a la perspectiva de los propios hogares sobre sus condiciones de vida. A eso nos dedicaremos en el siguiente apartado.

3. La pobreza vista desde los actores

3.1. Un cambio de perspectiva

La clasificación “pobre / no pobre” que se hace de una persona sólo según sus condiciones objetivas de existencia es una clasificación *externa* (Baker, 1998) que puede llevarnos a estigmatizarla, a incluirla en un universo del que no se siente parte. A lo largo de nuestro estudio sobre trayectorias ocupacionales en contextos de pobreza en el Gran San Juan², en numerosas ocasiones se puso de manifiesto una persistente tensión entre las categorías concebidas a partir del marco referencial y las categorías construidas desde los casos considerados. En particular esta disyuntiva se nos presentó en torno a la calificación de “pobre”. Definir a una persona o a una familia como “pobre” va más allá de un simple encasillamiento en una categoría SI/NO. Creemos que hay que complementar esta mirada con la perspectiva del actor. El calificarse como “pobre” no es un acto que se produce de un día para otro sino que se trata de un *proceso* en el marco de un contexto estructural más amplio. ¿Cuánto pasa desde que alguien es ‘medido’ como pobre y ‘se asume’ como pobre –si es que alguna vez sucede–? ¿Qué se representan nuestros entrevistados al hablar de la pobreza? Un caso particular que nos puede dar luz sobre esta discusión es el de Francisca³: para ella no hay distinciones entre pobreza estructural, pobreza por ingresos, vulnerabilidad, exclusión. Para ella la pobreza es equivalente a lo que recién referíamos como pobreza estructural. Con sus palabras va describiendo por lo positivo o lo negativo lo que la diferencia de su familia de origen que era “muy muy pobre”: hacinamiento (“no puede ser que toda la vida uno esté amontonado”), deficiencia educativa (“la mayor parte de mis hermanos perdían la escuela porque mi papá se iba de un lado”), vivienda deficitaria (“hacerse una pieza bien hecha”), servicios sanitarios inadecuados (“yo no he tenido una casa muy muy linda pero como era todo cerrado yo de ahí les ubicaba un buen baño”). Sus ingresos como empleada en servicio doméstico no llegan a cubrir –para ella, las hijas y los nietos que viven en su casa– el valor de la línea de pobreza. Sin embargo, imponerle la categoría ‘pobre’ cuando en su discurso claramente ha logrado salir de esa condición es introducirla en un universo en el que no se reconoce y del que quiere distinguirse: “Y lo más que me decía yo ‘¡No puede ser que la gente pobre no pueda estudiar, no pueda salir, no pueda ser siquiera un poco más... no digo todo... Y yo desde los 9 años vengo luchando con... ‘que no iban a ser lo mismo, que no iban a ser...’ y gracias a Dios se me ha cumplido. ¡Y no criarse con tanta pobreza como uno!”

De este modo, el sentido que los entrevistados proporcionan a sus palabras y la diversidad con que se manifiestan, nos indican que muchas de las viejas categorías que se utilizaban para explicar los fenómenos sociales ya no nos sirven para comprender “la nueva cuestión social” (Rosanvallon, 1995; Castel, 1997). Esto nos llevó a cambiar la mirada para buscar los significados que los propios hablantes otorgan a su experiencia y cómo se posicionan en el “espacio social jerarquizado”.

El análisis de trayectorias familiares nos permite tener una visión de *proceso* que nos permite entender los actuales significados a partir de la *historia* de los entrevistados. Las mediciones de pobreza nos dicen que al menos doce de nuestros dieciséis casos son “pobres”. Sin embargo, si tenemos en cuenta la heterogeneidad con

² Se trata del estudio desarrollado para el Trabajo de Tesis de la Maestría en Investigación en Ciencias Sociales de la Facultad de Ciencias Sociales de la U.B.A. denominado “Trayectorias Ocupacionales en Contextos de Pobreza: el papel del capital social y la identidad”, dirigida por el Dr. Fortunato H. Mallimaci. En la presente ponencia consideramos también el trabajo de campo de la actual Beca Posdoctoral del CONICET.

³ Francisca es la jefa de hogar de una de las familias que consideramos para el presente estudio. Su familia de origen –numerosa y de muy escasos recursos– pertenece a una localidad rural cercana al Gran San Juan. A los 7 años su abuela la envió junto a su hermana de 3 años a la Escuela Hogar (institución de menores que se hace cargo de los niños cuando su familia no puede mantenerlos), en donde permanecieron como pupilas durante siete años. Actualmente tiene 49 años, es viuda y mamá de seis hijos. Se desempeña como empleada en servicio doméstico y vive en una casa de barrio del Gran San Juan. Hay dos rupturas que en el caso de Francisca inciden en un progresivo ascenso social. El primer quiebre de trayectoria: un espacio de sociabilidad distinto a temprana edad (la institución); el segundo quiebre: el matrimonio con un contratista de la zona que es quien daba trabajo a su padre y sus hermanos.

que se manifiestan, ¿es válido ponerlos a todos juntos? ¿en qué nos ayuda a explicar los fenómenos sociales una categoría tan amplia que incluye tanto a un changarín que vive en una villa como a una peluquera de un barrio?

3.2. Sociedad, trabajo y pobreza

No podemos entender las distintas representaciones de pobreza sin vincularlas a una determinada concepción de sociedad. A su vez, la forma de pensar la sociedad en la modernidad está relacionada al trabajo como la forma principal –y legítima– de integración social. Así, *sociedad, trabajo y pobreza* son tres conceptos imbricados en la forma de organización social que surgió desde mediados del siglo XX. A grandes rasgos, se pueden establecer dos representaciones de sociedad.

Un primer grupo de representaciones se sintetiza en lo que denominamos *visión meritocrática* de la sociedad. Esta perspectiva entiende al trabajo como un medio de ‘progreso’ económico y social, donde los actores son forjadores de su propio destino: a costa de esfuerzo se puede mejorar la posición en el espacio social. Esta idea penetró en grandes sectores de la sociedad que fueron ‘integrados’ principalmente a través del empleo con protección social.

Simultáneamente se originó en los márgenes de este mercado formal de trabajo –especialmente en América Latina– un heterogéneo sector informal, también organizado en torno al trabajo pero sin la protección social de los primeros. Encontramos aquí, además de la ya mencionada visión meritocrática, otra que podríamos llamar *visión naturalista* en la que el trabajo es un simple medio para lograr el sustento cotidiano y donde las personas tienen que ‘acomodarse’ lo mejor posible a sus condiciones objetivas.

La primera de estas concepciones prevaleció durante mucho tiempo fruto de condiciones brindadas por la sociedad salarial: se pensaba el futuro con progreso social donde la certidumbre de un mañana mejor era la regla. A tal punto esta forma de ver el mundo permeó la sociedad que persisten rasgos de ésta en casi todas las trayectorias analizadas. Sin embargo, estas dos categorías –la meritocrática y la naturalista– no son suficientes para dar cuenta de la heterogeneidad y complejidad de las identidades de los hablantes. Además, estas perspectivas que parecen relativamente uniformes muestran un abanico de matices a partir de las transformaciones estructurales más recientes.

En los últimos años, el abrupto crecimiento del desempleo y la pobreza extrema, el discurso de los medios en relación a la corrupción, la delincuencia y la inseguridad, la difusión de planes del Estado que se enuncian como la solución al desempleo, la individuación que quiebra lazos solidarios, entre otros profundos procesos que desestructuran la sociedad, en muchos casos descentran al *trabajo* como la norma que organiza la vida social y dejan el espacio vacante a un conjunto de alternativas desarticuladas que pugnan por dar certezas donde hay incertidumbre. Como sostiene Wacquant (2001:174-175, remarcado del autor): “el carácter mismo de la relación salarial cambió en las dos últimas décadas de una manera tal que ya no otorga una protección a toda prueba contra la amenaza de pobreza, ni siquiera a quienes están incluidos en ella. (...) *el mismo contrato salarial se ha convertido en una fuente de fragmentación y precariedad*, y no de homogeneidad y seguridad sociales para quienes están confinados en los segmentos periféricos de la esfera del empleo. En síntesis, mientras que antaño el crecimiento económico y la expansión correlativa del sector asalariado representaban la cura universal contra la pobreza, hoy son parte de la enfermedad.” De este modo, vemos como las transformaciones en el campo laboral impactan con fuerza en la sociedad reestructurando y ampliando las condiciones de fragilidad social. De ahí la necesidad de rescatar las trayectorias particulares para poner de manifiesto cómo estos recientes procesos producen cambios importantes en la cotidianeidad de las familias.

El análisis sobre las continuidades y rupturas, los cuestionamientos que se hacen los entrevistados, las identificaciones y diferenciaciones, pone de manifiesto la forma en que van resignificando su propio ‘lugar en el mundo’. ¿Cómo piensan la sociedad nuestros entrevistados? ¿Cómo se ven a sí mismos? ¿Qué valor le dan al trabajo? ¿Qué significa ser pobre? Intentamos responder estas preguntas a partir de los relatos de nuestros entrevistados.

3.3. ¿Quién es pobre? La propia percepción en el espacio social

En los discursos de los entrevistados sobre sus trayectorias familiares el tema de la pobreza no surge espontáneamente en todos. Lo encontramos presente justamente en aquellos casos en que la pobreza se percibe como más cercana. Así, las referencias a situaciones de “pobreza” pueden clasificarse en cuatro categorías: Una en la que la pobreza es “asumida”, es decir, se produce una calificación propia que se suma a la categorización externa (de otros) en relación a la propia situación de pobreza. En otros casos, emerge la calificación de “pobre” pero ya no en relación a uno mismo sino a “otros”, produciendo una marcada diferenciación. Un tercer grupo de entrevistados no hacen referencia directa a la pobreza sino más bien, en algunos casos, a las vicisitudes a las que se enfrentan para resolver el cotidiano desarrollo de la vida. Una cuarta categoría está constituida por aquellos que están en una mejor posición (relativa) y para quienes la pobreza es un problema externo a ellos. A su vez, dentro de estas tres formas de referencia a la pobreza también hay matices que los diferencian. Examinemos cada una con mayor profundidad.

a. La pobreza asumida

Sostenemos que la percepción de la propia posición social y las expectativas a futuro se construyen sobre la base de las condiciones de existencia y las oportunidades que se presentan. Cuando alguien apenas llega a cubrir la subsistencia básica es difícil que pueda pensarse en otra posición social que la que ocupa. Los casos que corresponden a este grupo se caracterizan por tener su vivienda en villas de emergencia y por desarrollar ocupaciones precarias –predominantemente changas-. Todos dejan entrever –desde su perspectiva- la imposibilidad de lograr una mejor posición a pesar de los esfuerzos que hacen para lograr el sustento diario. Los progresos económicos consisten en la compra de algún bien de relevancia pero dentro del mismo contexto estructural, por ejemplo la compra de un televisor.

Entre los casos considerados, Dante es el que expresa con más claridad esta perspectiva:

Dante _____... le damos gracias a mi mamá dentro de... de la pobreza en que nos crió y que... y la poca educación que nos pudo dar, pero nos *dio* educación, o sea que se... se esforzó por darnos algo, para que seamos *algo*... Pero bueno... esto es así... No... no me resigno pero yo también soy consciente que tenemos que haber pobres y... y... o tiene que haber jardineros también, así que, bueno, yo soy uno de ellos, ¿te das cuenta?. Me gusta... me *gusta* progresar pero bueno, uno trata de hacer lo mejor que puede. A mis hijos seguramente no quiero que sean lo que soy yo, ¡no porque esto sea malo!, sino para que ellos vivan mejor que yo... y para que, bueno, tengan un buen pasar, no estén pasando como yo... Porque yo muchas veces... decís, bueno, ‘ganás, ganás dinero’ pero hay muchas veces que... que te dan ganas de llorar, porque no tenés *adónde laburar*...

Cuando Dante dice “soy consciente que tenemos que haber pobres” nos está diciendo “alguien tiene que ocupar este lugar, y me tocó a mí, por más que me esfuerce voy a seguir siendo pobre”. Hay una concepción de sociedad basada en la “heterogeneidad radical” (Rosanvallon, 1995:182), en el carácter natural de las diferencias, en la percepción de barreras sociales infranqueables.

A partir de esta “pobreza asumida” los actores desarrollan una permanente capacidad de agencia para conseguir el sustento diario. En muchos casos se recurre a contactos con personas que se encuentran mejor ubicados en el espacio social, se trata de lo que hemos llamado “capital social jerárquico o vertical” (Graffigna, 2003).

Marta _____ Cuando yo me veo así que estoy mal, que no *tengo* bien... a los niños... así... yo me voy a la casa de Orlando... y él *siempre*, igual Sonia, conmigo son buenísimos, siempre ellos me brindan una mano. Yo voy y me ofrezco, le digo ‘Sonia ¿no quiere que le lave o que le planche?, no tengo nada...’. Sí, voy... de plantarme, si yo... –igual que al Pablo- le tengo que decir ‘Pablo... no tengo...’ se lo voy a decir ‘no tengo nada’ ¿ve? Sí, yo sí. Me voy y me ofrezco y... Y hay a veces que me pasa que no... que no hay de dónde sacar y bueno... o no me sale un trabajito o justamente no tengo... y bueno, y voy y yo me ofrezco, en la casa de Orlando, del negro Orlando o de la señora, la madre de Sonia, también me sabe dar que le vaya a hacer limpieza así a la casa... y ella me... O sino ‘mirá Marta, no... en este momento no te necesitamos’ pero ella ya me da una mano ‘tenemos un poco de mercadería...’, de *Orlando* te hablo, el negro..., ella igual, ellos siempre... yo necesito algo siempre recorro a ella y... son buenísimos...

Entre nuestros entrevistados, estos casos corresponden a las familias en condiciones de pobreza más extremas, las que antes caracterizamos como “pobreza estructural”. No sólo es su propia percepción la que los ubica en una pobreza ‘inevitable’, propia de los estudios que hablan de ‘reproducción de la pobreza’. También los medios de comunicación refuerzan esta imagen. En septiembre del 2002, cuando el INDEC dio a conocer las mediciones de pobreza por ingresos, un periódico local publicaba con relación a los “pibes de la calle”:

“Mauricio (6) y Nico (8) se pasean por la Peatonal Rivadavia pidiendo moneditas a cambio de una estampita. Pero ni todos los santos juntos que llevan en la mano parecen poder torcer el destino de estos dos pibes. Se levantan temprano, apenas desayunan y salen de su casa. El almuerzo corre por cuenta de ellos y de sus ‘contactos’, que son los comerciantes o clientes que les dan una mano seguido. Vuelven a dormir cerca de la una de la madrugada, pero antes cuentan la plata que consiguieron y se la entregan a los padres. Para ellos mañana será igual y el día siguiente también.” (Diario de Cuyo, 2002:12)

Podríamos sintetizar esta perspectiva bajo la imagen de *destinos sociales*, en la que se expresa cierto determinismo que vincula origen social con círculo de pobreza y destinos ineludibles. En los primeros trabajos sobre trayectorias sociales de Bertaux, este autor sostiene que “*las estructuras de relaciones sociales organizan las trayectorias sociales* que, en cuanto tales, son vividas como *destinos* por los seres humanos que las recorren. E insistiremos particularmente en la relación entre *el origen* de esas trayectorias, es decir la posición [*place*] en la estructura de clase de la familia en la que nació, y el perfil de la *trayectoria social posterior*.” (Bertaux, 1977:9). Este vínculo estrecho entre origen y destino es lo que Godard (1996:14) denomina ‘riesgo determinista’. Se trata de un enfoque muy arraigado en las representaciones de pobreza.

b. La pobreza de los ‘otros’

Frente a esta visión, del análisis de los datos emergió una segunda construcción, ciertamente contrapuesta, que sostiene que con empeño y esfuerzo se puede salir de la pobreza. En estos casos la “solución” a la pobreza está vinculada al trabajo como medio de movilidad social.

Lo que caracteriza a este grupo es la fuerte diferenciación que se produce con lo que ellos consideran “ser pobre”. Sin embargo, es justamente la proximidad que tuvieron –o tienen- con esa condición lo que los impulsa a poner distancia. Encontramos en esta categoría, por un lado, a ex-pobres estructurales y, por el otro, a familias que aunque viven en viviendas de material presentan algunas características de NBI. En estas últimas, además, hay algún integrante que cuenta con el Plan Jefas y Jefes de Hogar (PJJH), lo que las acerca en alguna medida a la asistencia del Estado.

Gisela, embarazada de seis meses, vive con su pareja y su hijo de 3 años en una pieza que construyó en el patio de la casa de su suegra. Aunque en su vivienda no tiene instalaciones sanitarias –usa el baño de la casa principal- y sus ingresos consisten en los 150 pesos del PJJH y las changas de su marido (que a veces reúne unos 300 pesos, una “linda cantidad de dinero”), busca distinguirse de los pobres. Al preguntarle por diversas instituciones del complejo habitacional donde reside comenta:

Entrev. _____ ¿La única institución que conoce del barrio es esta [guardería]?
Gisela _____ Es acá. Acá, acá, es lo único. Y si me habla ahí adonde está el Registro Civil, que es donde se casan las personas acá... Están las personas que es pobre, y no, no me gusta... ni me gustaría pisar por ahí, ¡ni a pedir ni un papel!
Entrev. _____ ¡Ah! ¿Hay un Registro Civil acá? Eso no sabía...
Gisela _____ Sí... Sí, sí, sí. Pero no me gustaría... entrar allá, porque también está el comedor... se ven muchos niños... eh... no sé cómo explicarle... es una zona <i>pobre</i> esa, donde está el Registro Civil. No es por discriminar a los niños pobres, no, si puedo darles una mano se las doy, no tengo ningún problema, pero... no me gustaría entrar ahí.

La distancia –incluso física- con las personas que considera pobres tiene un fuerte carácter simbólico. No compartir un espacio significa también no compartir las características asociadas a las personas que lo habitan, y más aun, no ser confundida con éstas.

Por su parte, los que han salido de la pobreza estructural han tenido –desde su propia perspectiva- la experiencia del “ascenso social”. En ellos se articula fuertemente el discurso meritocrático del progreso a costa del esfuerzo. Surgen en forma muy marcada los procesos de individuación, no sólo recientes (originados en la última década) sino que han sido construidos a lo largo de toda la trayectoria. Son los propios actores los que

tienen la responsabilidad de sus destinos. A la afirmación de Francisca que sostiene que “el pobre es pobre porque no quiere hacer nada” se suma el relato de Juan y su esposa Ana que miran con satisfacción la posición que han logrado:

Ana ... Hay mucha gente así que se deprime mucho, y no... no tiene ganas *ni de levantarse*... Porque no le va bien, no le va bien... Si nosotros tendríamos que haber hecho eso cuando han sido chicos los niños... ¡pucha!, hubiéramos llegado ya a... ¡suicidarse!
Juan ... Y... viviríamos en una villa miseria, por ahí... Viviríamos en una villa miseria, si no hubiéramos peleado así... Si nosotros no teníamos a nadie que nos preste adonde vivir ni quien nos dé nada, teníamos que nosotros... buscarla nosotros...

En este caso, al igual que en el resto de los de esta categoría, el trabajo es un valor que permite mejorar la posición económica y social. Resulta paradójico que los que se encuentran más cercanos a la pobreza –sin considerarse pobres- son los que buscan diferenciarse con más fuerza.

c. No es pobreza, son apremios económicos

En las dos categorías restantes la pobreza no emerge en relación a la propia situación. Tampoco surge la necesidad de diferenciación como en la categoría anterior. Esto no quiere decir que no tengan problemas para resolver la reproducción familiar, por el contrario, en numerosas ocasiones los actores relatan las peripecias para superar momentos donde se presentan “apremios económicos”.

En esta categoría encontramos, por un lado, a los desempleados, y por el otro, a quienes cuentan con empleo por cuenta propia con alguna especialización. Lo que caracteriza a estos casos es que por lo general cuentan con una red de familiares y amigos –capital social horizontal- que brinda apoyo en casos de necesidad. Dora es separada y tiene dos hijas, pasó momentos difíciles cuando se estaba iniciando como peluquera:

Dora ... llegué a veces a no tener para comprar un pan pero... he tenido *muchísima* colaboración de mi hermana. Mi hermana me ha ayudado a que yo... si me ha faltado... o sea, no ha dejado que se note si me ha faltado algo, porque ella caía con mercadería, verdura, ella antes estaba en mejor posición económica, bueno, ahora todos hemos bajado... Eso fue lo *terrible* de mi vida, después ya que me encaminé, con clientas, con esto, con lo otro... ya no, no me sobra pero por lo menos... vivo, no tengo que pedir ayuda.

Por otra parte, fruto de la falta de seguridad social –o la pérdida de la misma en el caso de los desempleados- descubrimos con frecuencia alusiones al desamparo y la incertidumbre por el futuro. En este marco, los “problemas sociales” se suman a la percepción de inseguridad. Así lo relatan Clara y Alejandro, un matrimonio de casi 60 años que desarrollan numerosas actividades para afrontar el desempleo:

Clara ... Después otra cosa, la *desocupación*... Que uno no vaya tranquila ni siquiera a un lugar a estacionar un... Yo ayer salí y... en dos partes que me paré... ‘¿le cuidó el auto?’ Y si no... ‘si no te lo cuidó te lo rompo’...
Alejandro ... Claro, asaltar... todo eso...
Clara ...Y andaba con unos trapos encima, así que... ‘Bueno, sí, cuidémelo’, ‘bueno, lo que sea’. Pero... eso también... tanta desocupación que... por todos lados te están pidiendo... Nosotros hay días que aquí van 4 veces o 5 veces a la mañana que vienen a pedir...
Alejandro ...permanente, permanente...

Si bien en esta categoría el tema de la pobreza no aparece como un problema en sí mismo, emerge como un asunto vinculado a la falta de empleo –propia y ajena- que da lugar a percepciones de vulnerabilidad social.

En estos casos es el contexto estructural –expresado principalmente como problemas de empleo- el que da lugar a difíciles coyunturas económicas y percepciones de vulnerabilidad social. La década del '90 en particular significó para algunas familias una profunda desestructuración en relación con los valores meritocráticos construidos a lo largo de la trayectoria.

d. La pobreza como problema externo

En esta categoría encontramos a aquellos hogares que se encuentran en mejor posición para enfrentar la reproducción familiar. El rasgo en común es que cuentan con empleos protegidos –Obra Social, aportes jubilatorios, licencias- que les permite proyectar sus expectativas a futuro. Esto no significa que “tengan la vida

solucionada”, pueden surgir eventualidades que hacen peligrar esas seguridades hasta ubicarlos en posiciones de fragilidad social.

Lo que nos interesa remarcar aquí es que la calificación de “pobre” está lejos de aplicarse a sí mismos, es decir, no se percibe la pobreza como una posibilidad en relación a la propia situación social. En todo caso se trata de un problema externo que puede constituirse en un amenaza *hacia* ellos por los potenciales conflictos y estigmas sociales a los que se asocia.

De todos modos, más allá de la corrupción y de la crisis de valores que se difunden en la sociedad, todos los entrevistados de esta categoría rescatan el resguardo que brinda el empleo protegido, sobre todo en lo que hace a la cobertura en servicios de salud. Luis y Cecilia tienen un hijo hemofílico y los alivia saber que pueden contar con un respaldo:

<p>Cecilia Y... lo que decíamos, si no tuviéramos una Obra Social, por ejemplo con el problema de Lautaro... la droga que hay que ponerle cuando se golpea o sufre un corte... sale 600 dólares... Si la Obra Social no lo cubriera...</p>
--

En estos casos el trabajo –o más específicamente el empleo- es la mejor protección contra la pobreza y el amparo ante numerosas contingencias, salvo el despido.

En pocas palabras...

A lo largo de los relatos de los entrevistados se hace evidente que nadie quiere reconocerse como pobre. Los casos en que la pobreza es asumida son acompañados por signos de “visibilidad”. Estos signos o marcas son justamente los que configuran un “estigma” asociado a atributos negativos. Así, admitir la pobreza propia tiene un alto costo, significa aceptar la falta de capacidades para lograr por los propios medios un nivel de vida satisfactorio.

Hay categorizaciones internas y externas. Las primeras son aquellas producidas por los propios actores, las externas son las que son atribuidas desde afuera. En base a esta distinción, encontramos que los que se reconocen como pobres son aquellos que, dado los rasgos de “visibilidad de la pobreza” en sus condiciones de vida, no pueden escapar a la categorización externa de tal condición. Categorización interna y externa coinciden. Paralelamente, quienes más buscan diferenciarse son aquellas personas que han vivido o se encuentran próximas a situaciones de pobreza estructural, justamente los que pueden ser “confundidos” en esa clasificación. Finalmente, quienes están lejos de experimentar la pobreza estructural no hacen referencias directas a este asunto, se trata de un problema que no los involucra en lo inmediato.

4. Conclusiones: acerca del concepto de pobreza

Hasta aquí hemos desarrollado dos enfoques en el abordaje de la pobreza: el de la medición y el de la comprensión. Ambos presentan riquezas y limitaciones. Lo que nos interesa discutir en este apartado es la pertinencia de la categoría “pobre” en los actuales contextos sociales.

Como dijimos antes, los profundos cambios estructurales –sobre todo a partir de la década del ’80 con las políticas de ajuste- obligaron a ampliar conceptualmente esta categoría: se pasó de la determinación de la pobreza como pobreza estructural a la inclusión de aquellas familias cuyos ingresos se encuentran por debajo de la línea de pobreza. Los desarrollos teóricos y metodológicos en esta dirección son vastos y exhaustivos. En los ’90 las transformaciones en el mercado laboral y el notable incremento del desempleo elevaron las cifras de pobreza por encima del 60% –sobre todo debido al aumento de los “nuevos pobres”-. Es aquí cuando nos surgen algunos cuestionamientos en cuanto al uso de la categoría. Sostenemos que las categorías teóricas necesitan explicar el fenómeno en toda su diversidad, lo cual resulta difícil cuando una clasificación abarca dos tercios de la población. En este punto cabe preguntarse ¿qué está sucediendo al interior de esa categoría? ¿cuáles son los rasgos diferenciales dentro de ella? La respuesta a estas preguntas nos dan un importante motivo para complementar los enfoques cuantitativos con los cualitativos: aumentar el poder explicativo de las categorías.

En relación al estudio cualitativo, más arriba hicimos referencia a que al menos doce de los dieciséis entrevistados podrían ser “medidos” como pobres por alguno de los métodos de medición de la pobreza antes expuestos. ¿Por qué de los doce sólo tres se reconocen como pobres? Este interrogante nos lleva a realizar una serie de consideraciones.

Primero, encontramos aquí una fuerte “representación de sentido común” que asocia la pobreza con la pobreza estructural, con la pobreza “visible”. De esta forma se produce un quiebre entre esta representación y el concepto de pobreza que sustentan los estudios teóricos. Hasta tal punto está extendida la idea de pobreza como pobreza estructural que incluso gran parte de los medios de comunicación acompañan las cifras de pobreza –con frecuencia medidas por ingresos- con imágenes que refieren a la pobreza visible.

Segundo, la categoría “pobreza” funciona como un estigma. Las personas no desean ser consideradas pobres a menos que necesiten contar con asistencia –estatal o privada- que requiere ser calificado en tal condición. Distintos actores sociales, con frecuencia justamente los que se encuentran más cercanos a esta pobreza, buscan diferenciarse discursivamente y con vehemencia de los grupos sociales considerados pobres. Quizás precisamente porque pueden ser confundidos como tales. Así, más allá de los ingresos o de las condiciones materiales de existencia, la pobreza es vista como un conjunto de aspectos ligados a lo simbólico. De ahí que sólo “aceptan” asumirse como pobres aquéllos que cuentan con rasgos visibles y estigmatizantes.

Tercero, para comprender las distintas percepciones que se generan desde lo cotidiano consideramos necesario relacionar la categoría “pobre” con las dinámicas sociales específicas. La pobreza no es una puerta por la que las personas entran y salen de un día para otro. Por el contrario, hay una continuidad de experiencias y percepciones que no cambian “instantáneamente” en función de aspectos materiales como el ingreso o las características de la vivienda, es lo que Bourdieu denomina “histéresis” o “inercia del habitus” (Bourdieu y Wacquant, 1995:90). En razón de ello, se hace necesario mirar “procesos” que ponen a las personas en posiciones de fragilidad social.

Por último, nos preguntamos si es oportuno hablar de “pobreza” para designar realidades tan disímiles que incluyen tanto a un changarín que vive en una villa como a una peluquera de barrio. Las nuevas configuraciones sociales que se han dado en los últimos años necesitan nuevas formas de estudiar el fenómeno de la pobreza, nuevos conceptos que ayuden a caracterizarla y, sobre todo, nuevas perspectivas que integren la mirada de los propios actores. La complementación de estudios cuantitativos y cualitativos pueden ayudar a captar y explicar la heterogeneidad de sentidos y experiencias que tienen lugar desde lo cotidiano. En este sentido creemos que quizás sea más fructífero reservar el término “pobreza” para la pobreza estructural y generar nuevas categorías que conceptualicen otras posiciones de fragilidad social cada vez más presentes en Argentina durante las últimas décadas.

5. Bibliografía Citada

- ALTIMIR, Oscar (1981). *La Pobreza en América Latina. Un examen de conceptos y datos*, en **Revista de la CEPAL** N°13. Santiago de Chile, Abril de 1981. Páginas 67–95.
- BAKER, Carolyn (1998). *Membership categorization and interview accounts* en **Qualitative Research. Theory, Method and Practice** de David Silverman (editor). Páginas 130 a 143. SAGE. Traducción propia del capítulo.
- BECCARIA, Luis A. (1995). *La Historia Reciente. Delimitación empírica* en **Revista OIKOS** Año1 N°1. Bs As, Abril de 1995.
- BERTAUX, Daniel (1977). **Destins Personnels et Structure de Classe**. Presses Universitaires de France. Francia.
- BOLTVINIK, Julio (2000). *Métodos de medición de la pobreza. Una evaluación crítica (2º Parte)* en **Revista Socialis** N° 2. Mayo de 2000. Facultad de Ciencias Sociales (UBA) / Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales (UNR) / FLACSO (Sede Argentina). Rosario. Páginas 83 a 123.
- BOURDIEU, Pierre y WACQUANT, Loïc (1995). **Respuestas. Por una antropología reflexiva**. Grijalbo. México.
- BUSTELO, Eduardo y MINUJIN, Alberto (1996). **La Política Social Esquiva**. Trabajo presentado en el Primer Congreso del Centro Interamericano para el Desarrollo (CLAD), Río de Janeiro, Brasil, 6 al 9 de noviembre de 1996. Mimeo, página 8
- CASTEL, Robert (1997). **Las Metamorfosis de la Cuestión Social. Una crónica del salariado**. Paidós. Buenos Aires. Diario de Cuyo, 22 de agosto de 2002. Páginas 8, 12, 20.
- FEIJOO, María del Carmen y TORRADO, Susana (1996). *¿Desaparece la clase media?* en **Diario Clarín**, 19 de Agosto de 1996. Páginas 12 y 13.
- GODARD, Francis (1996). *El debate y la práctica sobre el uso de las historias de vida en las Ciencias Sociales* en **Uso de las Historias de Vida en las Ciencias Sociales** de Francis Godard y Robert Cabanes. Cuadernos del CIDS. Serie II N°1. Centro de Investigaciones sobre Dinámica Social (CIDS). Universidad Externado de Colombia. Colombia, Julio de 1996. Páginas 5 a 55.
- GRAFFIGNA, María Luisa (2003). **Trayectorias Ocupacionales en Contextos de Pobreza. El papel del capital social y la identidad**. Tesis de la Maestría en Investigación en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Defendida el 04 de diciembre de 2003, Buenos Aires.
- INDEC (Instituto Nacional de Estadísticas y Censos) (1990). **La Pobreza Urbana en la Argentina**. Buenos Aires.
- INDEC (Instituto Nacional de Estadísticas y Censos) (2003) **Incidencia de la Pobreza y de la Indigencia en los Aglomerados Urbanos. Informe de Prensa**. Buenos Aires, 31 de enero de 2003.
- MINUJIN, Alberto y otros (1992). **Cuesta Abajo. Los nuevos pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina**. UNICEF–Losada. Buenos Aires.
- MINUJIN, Alberto y KESSLER, Gabriel (1995). **La Nueva Pobreza en la Argentina**. Editorial Planeta. Buenos Aires.
- MONTOYA, Silvia y MITNIK, Oscar (1993). *La Pobreza Urbana en Argentina. El caso del Gran Buenos Aires* en **Revista Estudios**, Publicación de la Fundación Mediterránea. Año XVI N°65. Córdoba, abril–junio 1993, páginas 45 a 65.
- ROSANVALLON, Pierre; “LA NUEVA CUESTION SOCIAL. Repensar el Estado providencia”. Manantial. Bs Aires, 1995.
- VASILACHIS DE GIALDINO, Irene (1993). **Métodos Cualitativos I. Los problemas teóricos-epistemológicos**. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires.
- VASILACHIS DE GIALDINO, Irene (2000) *Prólogo: Pobres, Pobreza y Exclusión Social: nuevas perspectivas epistemológicas, teóricas y metodológicas* en **Pobres, Pobreza y Exclusión Social**. CEIL – CONICET. Buenos Aires. Páginas 5 a 15.
- WACQUANT, Loïc (2001). **Parias Urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio**. Manantial. Buenos Aires.